



LA HOJA de PARRA

EDICIÓN ESPAÑOLA
Méndez Alvaro, 2, 1.º • Apartado 547.
Horas: de dos á cuatro de la tarde



MARCA
REGISTRADA

SUMARIO

CARAS BONITAS

- VICENTE VEGA
Sección vermouth.
- A. SERRA CUBELLS
Retazo de confesión.
- EUGENIO BLANCO-SANCHEZ
La epifanía del beso.
- ROBERTO BRACCO
Los apuros de un confesor.
- LUIS SANZ FERRER
Cantares baturros.
- ANTONIO CINTOS SANTIAGO
La amargura de los éxitos.
- ADOLFO SANCHEZ CARRERE
De interés para las solteras.
- LUIS ESTESO
Cartas para todos: A una amiga
de confianza.
- JOSÉ DE RUEDA REBOLLO
Intensidad.
- BÉTICO, MATEOS, M.-S.,
TINO y PEPE
Varios dibujos y retrato de
Dora Saavedra.



DORA SAAVEDRA

Sobrina de D. Miguel de Cervantes Saavedra y aplaudidísima cancionista que actúa con gran éxito en Barcelona. Nosotros la propondremos como número de fuerza en los festejos que se organizarán con motivo del Centenario de su ilustre tío.

5 céntimos



El que á buen árbol se arri-
buna sombra le cobi-

Este pareado es de cierto literato español (Miguel de Cervantes se llamaba), que vivió hace una multitud de años, y ahora le van á levantar una estatua. Si no bastare esta explicación, transcribiré la que diz que daba el guarda de la gruta que allá en Argel sirvió de prisión á Cervantes: *On dit qu'il était un guerrier espagnol; la fille du roi de les arabes viens amoureux de lui, et le met en libe té. (1) ¿Enterados? Pues á otra cosa.*

MI amigo Leopoldo Castrojeriz jamás tuvo un céntimo. Y ayer le vi en la terraza del «Ideal» tomando una bebida de color extraño y nombre impronunciable, una bebida cara. Además, Castrojeriz vestía «bien»: americana cortita, pantalones pinzados y ajustados en el tobillo... un verdadero adefesio á la moda. Maquinalmente requerí un número de «El Liberal», que llevaba en mi bolsillo, y leí con detenimiento la sección de sucesos, esperando encontrar en ella el nombre de mi amigo complicado en el asalto de una casa de Banca ó en el robo de una joyería. Nada. Y mi amigo continuaba tomando á pequeños sorbitos la mixtura que tenía en la copa.

—¿Será una ilusión de óptica?—me pregunté—. Pero no: era él. Y alzando la voz, exclamé: ¡Leopoldo! ¡Leopoldo Castrojeriz!

Leopoldo Castrojeriz levantó la cabeza, me sonrió é hizo señal de que me sentara á su lado. Tres minutos después un «pingüino» de calzón corto colocaba ante mí una batería de cocina, y todo porque se me ocurrió pedir un té. Nunca he podido explicarme la

(1) Dicen que era un guerrero español; la hija del rey de los moros se enamoró de él, y lo puso en libertad. (V. BLASCO IBÁÑEZ: *En el país de Barbarroja.*)

necesidad de tanto cacharro para tomar un poco de agua caliente.

—Leopoldo—dije á mi amigo—, ¿cuándo has dado el «golpe»?

—No te entiendo—me respondió.

—No quieres entenderme—repliqué—. ¿Puedes acaso explicar con la frente alta por dónde te ha venido ese traje, esas joyas, ese dinero con que pagarás tu gasto y el mío?

—No ha sido á mí á quien le ha venido, sino á Leré.

—¿Alguna perra?

—Mi difunta esposa.

GENEROSIDADES



—Ya ve usted: esta sortija me la regaló Jorge la segunda noche de conocerme.

—¡Bau! Yo he tenido quien sin conocerme me ha regalado una mejor la primera noche.

DEL PASEO



—Te pasas la vida mirando...
—Y lo peor, marido, es que tengo que conformarme con mirar...

Pegué un salto en la silla, y reparé que Leopoldo vestía de riguroso luto.

—Pero... ¿te habías casado?

—¡Claro, puesto que ahora estoy viudo!

—¡No me convidaste al banquete de boda!... ¡Ingrato!

Leopoldo me sonrió. Luego, mirando en torno suyo «como en las películas», me dijo:

—Tú me conoces hace mucho tiempo y sabes que jamás pude reunir cinco pesetas juntas. Sin embargo, todos decían que yo era listo, trabajador, hasta inteligente, pero no lograba que ninguno de esos señores que me colmaban de elogios procurara por mí. Hacía tiempo que arrojé mis pretensiones literarias «par dessous les moulins», y sólo deseaba alcanzar un hueco en el perche nacional, vulgo Estado. Visitas, cartas, solicitudes, ruegos, amenazas, toda clase de medios empleé para conseguir un puesto en el escalafón de cualquier ministerio... Inútil. A todo esto, los amigos propicios al «sablazo» escaseaban, y observé que más de uno cruzaba de acera al verme. ¿Qué hacer? Por aquel entonces pretendía yo una plaza en la..., en la...,

bueno, en una dependencia de un ministerio. Todos á cuantos visitaba con esa intención me daban idénticas esperanzas: «Veremos..., veremos...; se hará lo que se pueda...; y, ¡qué demonios!, usted todavía es joven: puede esperar.» ¡Maldita sea! Y recordando mis devaneos poéticos, exclamaba con rabia reconcentrada:

¿Para qué querré la vida cuando no tenga juventud?

Ya ves: esto mismo lo decía Emilio Carrère á pesar de tener el «coci» seguro en el Tribunal de Cuentas; conque yo... Durante la persecución de esa plaza que te digo, tuve ocasión de conocer al portero mayor del ministerio, de aquel ministerio en donde yo quería «colarme». Un día, hablándole de mis pretensiones, me interrumpió, diciéndome:

—¿Usted es casado?

—No.

—¿Qué lastima!

—¿Por qué?

—Por... por nada. Pero el jefe que

A TODO HAY QUIEN GANE



(Leyendo).—«En aquel pueblo, la juventud estaba corrompida; los pollos no drugaban poco, y los pollitas se levantaban muy tarde.» ¡Anda, pues aquí las hay que no se levantan en todo el día!

ha de resolver la solicitud de usted es... muy frágil ante las faldas, y... vamos, contando con una mujer agraciada..., y poco aprensiva...

—¡Y con un marido menos aprensivo todavía!—exclamé. Y lanzando un salvazo á los pies de aquel tío asqueroso me marché.

Al día siguiente no comí. Al otro...

ROGANDO LA ENTREGA



—¡Anda, no gres, dame'á ya...!

empecé á lamentar no haberme casado, y, por la tarde, me fui á una mancebia donde más de una vez, gracias á la bondad de una de las pupilas, Leré, había dormido.

—Leré—la dije—: es preciso que me salves.

—¿Qué te ocurre?

—Pues verás...

Y la referí mi plan. Era preciso que ella, buena amiga, fuera al ministerio de... de eso, y se presentara á aquel jefe tan frágil como esposa mía. Lo demás... quedaba á su cargo. Tenía, eso sí, que mostrarse amable, extremadamente amable y complaciente: ¡aquel señor era tan caprichoso!...

En efecto: Leré fué al día siguiente al ministerio, vió al jefe, le habló, le... yo no sé qué le haría, pero lo cierto es que al cabo de una semana tenía yo mi credencial en el bolsillo. A los ocho días del desempeño de mi cargo, me

presenté en la oficina con una cinta negra en el brazo y una gasa del mismo color en el sombrero. Ya lo saben mis compañeros: ¡me he quedado viudo!

Al terminar Leopoldo Castrojeriz su relato, he ido á decirle una cosa muy fea; pero él, sonriéndome muy dulcemente, me ha ofrecido un «Cabañas»...

VICENTE VEGA.

RETAZO DE CONFESION

—Padre cura, me apeno porque en miércoles santo comí lomo.

—Malo, hijo mío, malo.

—No; muy bueno.

—Pero, Dios mío, ¿cómo te atreviste á comer carne ese día?

—¡Si usted supiera el hambre que tenía!

—¡Pero ignoras acaso que pecas mortalmente?

—No; y por eso que no lo ignoro, padre, lo confieso.

—¡Bonito modo de salir del paso!

Procura corregir tu alma perdida por la materia.

—¿De qué modo?

—Tú debes á tu cuerpo darle todo... lo contrario de aquello que te pida.

De esa manera, sólo

tendrás la gloria, si de hallarla tratas.

¿Pide el cuerpo perdiz? Dale patatas.

¿Quiere jamón? Le das queso de bola.

¿Quiere chuletas? A comer verdura...

—Pues eso es lo que yo hago, padre cura.

—¿Comer verdura?

—No; ni por asomo.

—Pues entonces...

—Verá usted, padre cómo

sigo su misma regla. Es lo ordinario que el cuerpo mío pida unos manjares sumamente vulgares;

¡pero yo como siempre lo contrario!

¿Pide mi cuerpo atún? ¡Le doy chuletas!

¿Que me pide patatas?... Pues filete.

¿Que quiere bacalao?... Pues croquetas.

¿Que quiere beber agua?... ¡Pues clarete!

Y así, con esta regla que le indico

y que á usted ya es notoria,

¡á mi misero cuerpo sacrifico

para alcanzar la gloria!...

A. SERRA CUBELLS.

LA EPIFANIA DEL BESO

ERA la tarde sutil y cadenciosa, débil, ampulosa y sedante como el interior de un beso.

El jardín tenía enrevesadas avenidas cubiertas de arenas, sobre las cuales, las acacias habían dejado caer las blancas mariposas de sus flores como volanderas aléluyas de un sueño infantil. Y así, al viento revoloteaban.

Las Parcas eran aún jóvenes, casi niñas. Una tenía el pelo como la luz del Sol; otra, como la noche sin Luna, y la tercera, como el fuego. Paseaban por el jardín silenciosamente, rozando sus laboradas sandalias trabajosamente por las arenas, mirando con vaguedad el misterio de las ramas y las flores en las noches sin Luna, el encanto de los mirtos florecidos, de los tomillos olorosos, el ensueño de los días soleados por calenturas de vida, en que reventaban de aromas las rosas de los rosales, y los nardos de las varas, y los claveles desbordados de rizos, y las almas amantes de las sombras sufrían la soñolencia de una dejadez moribunda de martirios epifánicos.

Las amplias túnicas, las de miles de pliegues, como las del mar, se ceñían á los cuerpos en las horas de ventolera y de furor del viento.

Las Parcas caminaban, cogidas del brazo, por la avenida principal.

¡Oh, el paseo principal del jardín por donde pasaban las Parcas cogidas del brazo!

El paseo, que tiene álamos negros á los lados, y barreras de mirtos, y una fuente de tritones que arrojan agua á un estanque de blanco mármol.

¡Oh, la vida del caracol, que siempre se muda y lleva el peso de la vida y la mansión!

... Y otra tarde, sutil y ampulosa como el interior de un beso, penetró en el jardín un hombre.

Cerca de la fuente del paseo central se sentó á beber.

Y vino á él una de las Parcas con un ánfora de barro, y le ofreció agua fresca.

—Oye, mujer: yo del agua del ánfora beberé si me la das en las manos, cuenco de dedos que no apaga nunca la sed.

—Bebe, viajero, del agua del viejo cacharro de barro y no esperes del agua del ánfora en mis manos beber.

—Mujer del cabello enrevesado como los misterios, y negros como el cielo en las noches sin estrellas, ¿por qué no me dejas, di, del agua del ánfora, en tus manos beber?

—Porque soy la que muevo é hilo en la rueca la lana de la vida, y el hilo de tu vida entre mis dedos prendido quedó. ¿Cómo quieres beber en mis manos pulidas el agua fresca del ánfora si, al beber, el hilo de tu vida, que quedó entre mis dedos—¡como yo soy la que hilo en la rueca la lana vellón!—con tus labios lo has de romper?

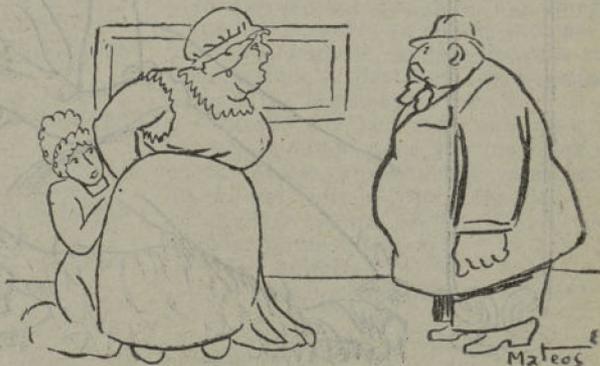
—¡Deja, deja que beba, mujer!

—Mira que así el agua mata y no apaga la sed.

La nueva buena samaritana hizo cuenco con las manos, y al viajero del agua del viejo cacharro de barro dió de beber

... Y otra tarde, suave y armoniosa.

Á LA NOVENA



—Su mujer no ha pisado jamás esta casa.

—¡Claro que no! Yo he venido por complacer á unos chismosos del Casino; pero sé que la pobre Ella se pasa la vida en la ig'esia. ¡Siempre dice que se ha pasado la tarde de rodillas!

como el interior de un beso, penetró en el jardín otro viajero.

Bajo la amplia sombra de un naranjo se acostó á descansar.

Y vino á él una de las Parcas, con el mismo viejo cacharro de barro, rebotante de agua fresca.

—¡Oh, jardín de Hespérides!

—¡Viajero, despierta ligero que tráigote de beber!

—Si quieres que beba, dame el agua que traes en el ánfora en el púrpura cacharro de tu boca, mujer del cabello rojo como el fuego, como el grano de la granada madura, como la primera

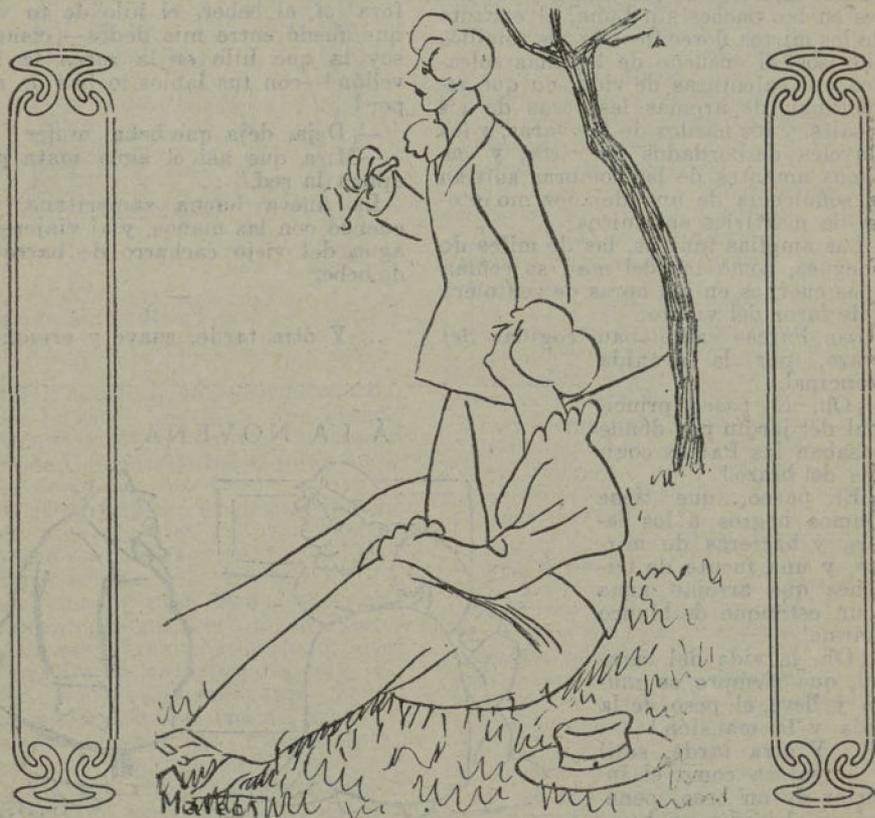
sangre que barbota de la herida; mujer que tienes en la boca, lo adivino, trozos de flor de acacia que son dulces como la miel; dame así el agua, y yo la beberé.

—¡No puedo, no puedo, viajero!

—Mujer, si tus labios deben ser agri-dulces como el limón. Echate agua en la boca, y así, como si fuese tu boca, con mi boca beberé.

—Es que yo soy la que mojo la lana para hacerla suave y que pase fácil por la rueca que hila la vida. Y mojando, mojando, entre los labios el hilo de tu vida se me quedó; entre los

DE LA ALDEA



—No te preocupes, Pepe: mi marido no vendrá. Es un desgraciado.

—¿Desgraciado? ¿Por qué?

—Porque viviendo en un pueblo t'n aburrido, t'ene que hacerse el distraído.

dientes lo sostengo; de modo que si bebes, el hilo quebrarás. ¡Cómo quieres, viajero, que mis labios te den agua que no aplaque tu sed y te den la muerte?

—Mujer, la que mojas la lana, ¿qué importa herirse en los labios si hemos de beber en un cacharro tan mortal como el de tu boca?

—¡Viajero, viajero, que mojando, mojando, el hilo de tu vida entre mis labios quedó, y habrás de quebrarlo al beber!

—Dame agua, que la vida sólo tiene presente.

La Parca, al viajero, dió de beber del agua del viejo cacharro de barro en su boca.

... Y una tarde, fragante y armónica como el interior de un beso, penetró en el jardín otro viajero.

Los bojés y los mirtos invernales habían deshecho la regularidad de los caminos.

Los álamos, rotos, desgajados; los naranjos, tronchados, y los pinos y los laureles, sin hojas, secos.

El esqueleto del jardín daba, á un pálido sus mondas extremidades cenicientas.

La fuente era seca.

Y el viajero, fatigado, se sentó en un banco.

Y apareció otra Parca con el ánfora de viejo barro rota, en las manos, llorando ante él.

—Viajero, viajero, ¿no llegó á tus oídos lo que aquí pasó?

—Linda eres, mujer; dame agua y no llores; si el ánfora se te rompió, no importa: yo sé beber dondequiera, en el cuenco de tus manos...

—Así bebió otro viajero, y murió...

—Y, si no, en el cacharro de tu boca, pálida.

—Así bebió otro viajero, y murió.

—No importa, mujer, la vida no tiene pasado; tus cabellos rubios te hacen más bella... ¡No llores, mujer!

—Sí, lloro porque todo en el jardín acabó: cayeron los árboles, los mirtos se secaron, y de las acacias ya no se vió más la flor; el agua de la fuente ya no puede beberse: ¡la fuente se secó! Ya no pueden beber los viajeros que lleguen á la puerta implorando frescura para calmar su sudor. Sí, lloro porque todo acabó: los pájaros ya

DE LA VIDA



—¡Por Dios, Enrique, ya no puedo darte un centimo más!

—¿Ero crees tú que yo me conformo con un centimo?

no cantan, ni los laureles dan su fruto de gloria y premio, ya no hay amor, ya no hay ensueño, ya no hay aromas...

—No te importe, mujer: la vida no tiene pasado... Bástanme para saciar mi sed tus lágrimas.

—Es que soy la Parca que escogía las lanas vellón para que las hilasen en las ruecas, y escogiendo, escogiendo, la que tenía el hilo de tu vida en los párpados se me quedó... Es la que me hace llorar y temer...

—¿Qué importa?

—¡Y al beber quebrarás el hilo de tu vida!

—¡Oh ese beso epifánico que acabe la vida!...

Y la Parca dió sus lágrimas á beber...

EUGENIO BLANCO-SANCHEZ.

DEL CERCAJO AJENO

LOS GRANDES CUENTISTAS

Los apuros de un confesor.

SOR Filomena, rozando suavemente con sus labios la reja del confesonario, empezó llena de humildad:

—Padre, no estoy cierta de haber pecado. A ratos, la conciencia me acusa; otras veces me absuelve. Y, sin embargo, cuando me absuelve, sufro y padezco mucho más que cuando me acusa.

El confesor no entendía una palabra de todo aquello.

—Explícate más claramente, hija mía. Procura recordarlo todo. ¿Eres tan joven!... A los diez y ocho años la conciencia no estrecha mucho... Déjate guiar por mí. El Señor me inspirará. Estoy inquieto... Habla, habla...

—La verdad es esta, padre: el lunes, hacia la media noche, el número siete de la quinta sala, en donde he sustituido á sor María desde que llegué al hospital, recibió los auxilios de la religión. El médico de guardia declaró que no quedaban esperanzas. Me dijo que la agonía sería muy corta, que la muerte del enfermo sobrevien-

al lado de la cama, y me puse á rezar por su alma.

—¿Por el alma de quién?

—Del pobre joven que agonizaba.

—¿Era un hombre?

—¿No lo he dicho, padre?

—Me has dicho el número siete, hija mía, y el número siete no tiene sexo. Bien. Continuemos.

—Eran las tres de la madrugada, cuando, con voz débil, entrecortada por el estertor, balbuceó:

—¡Sor Filomena, me muero!

Desde las doce no había hablado palabra, medio adormecido.

—Valor, hermano, valor—le dije.

Entonces, procurando pronunciar distintamente cada palabra, lentamente, muy lentamente, me preguntó:

—¿Quiere usted hacerme un favor, sor Filomena?

—Lo que usted quiera, hermano.

—¿Quiere usted que muera tranquilo? ¿Quiere usted que salga de esta vida bendiciendo al Creador?

—Así debe morir todo buen cristiano—le repuse.

—¡Muy bien!—dijo el sacerdote.

El moribundo, con voz dulce, agregó:

—Ayúdeme á morir como buen cristiano.

—¿En qué forma, hermano?

—Haga usted que atraviese sin rencor el umbral de esta vida, que voy á abandonar!

—Haga usted que lleve á la tumba un recuerdo agradable!

Sor Filomena, tenga compasión de un hombre que va á morir. Deme usted... un beso.

—¡Un beso! Y lo repetía sin descanso.

—Valor, hermano, valor. Prepárese á recibir el beso de Dios.

—Muy bien—repetió el sacerdote.

—Reuniendo todas sus fuerzas, el enfermo insistió:

—¡Consédame ese favor! ¿No comprende usted sor Filomena, que esa es mi salvación? ¿Quiere usted que le recuerde la conciencia eternamente? ¿Quiere usted perderme, ser la causa

IDEAS SUICIDAS



—Si la caída fuese como yo me la imagino, me gustaría á mí caer para no levantarme jamás...

dría antes del amanecer. Y se fué á dormir. Yo no tenía que hacer más que administrarle cada media hora una cucharadita de cierta poción ya preparada. Me senté, como de costumbre,

de mi condenación?... ¡Por piedad!...

—¿Y tú?... ¿Y tú?—interrogó el sacerdote.

—Padre, me aterrorizaron de tal manera sus palabras... Pensé que si moría sin un recuerdo agradable, corría el peligro de perderse por toda una eternidad. Pensé que los remordimientos me alcanzarían á mí también. Pensé que la muerte sobrevendría antes del amanecer, y que cada minuto que pasaba era un paso dado hacia el Infierno. En aquel silencio imponente, oía su respiración, cada vez más dificultosa. En la sala no había mas que enfermos que dormían inmóviles. Las lámparas iluminaban débilmente. Los lechos blancos en la penumbra, semejaban fosas sepulcrales. El enfermo me esperaba. Me sentí oprimida por una gran melancolía. Miré en torno de nosotros. Luego, inclinándome un poco..., le dí un beso. Me pareció oír, en un suspiro: «Gracias». Y, tranquilamente, volví á rezar por su alma.

—¿Y dónde le diste el beso?—interrogó el sacerdote con ansiedad mal disimulada por la dulzura de su acento, su angustia y la incertidumbre de su juicio.

—Padre, la sala estaba obscura—contestó serenamente sor Filomena—; pero creo que le besé en la boca.

—Una imprudencia. ¡Por lo menos una imprudencia! Comprendo que lo has hecho con una santa intención. Tú, hija mía, has obedecido á un sentimiento de piedad cristiana, sublime si se quiere, pero equivocado, casi peligroso. Un beso en la frente hubiera sido preferible, y hubiera bastado para salvar su alma. En fin, has besado á un hombre casi muerto...

—Eso pienso yo.

—Y ahora que está muerto y sepultado, «requiescat in pace», y no pensamos más en ello.

—Pero... padre, si no es así; si vive todavía...

—Vive!

—Seguramente. El infeliz ha estado agonizando hasta la madrugada. Los primeros rayos de Sol le han reanimado. El médico de guardia, al

entrar en la sala, no pudo ocultar su sorpresa al enfermó, que sonrió. Le visitó detenidamente, y luego me dijo en voz baja: «Es raro; quizá pueda salvarse.»

DEL PASEO



—Lo que á us'ed le hace falt', Hortensia, es un vestid' nuevo.

—Pues ya ve usted: yo ando buscando un viejo.

—¡Qué desgracia!—exclamó el confesor sin poderse contener.

—¿Qué dice usted, padre?

—¡Ah! No hay que hacerse ilusiones. Si has besado en la boca á un hombre que está vivo, y que vivirá probablemente, no sé cómo podemos arreglar eso. Con la muerte en puerta, sería otra cosa. Todo se habría arreglado ante el Señor. Pero así, todo ha concluído. ¡En qué apuros pones á la bondad divina!

Y después de un momento de reflexión, el confesor preguntó:

—¿Y cómo está hoy el enfermo?

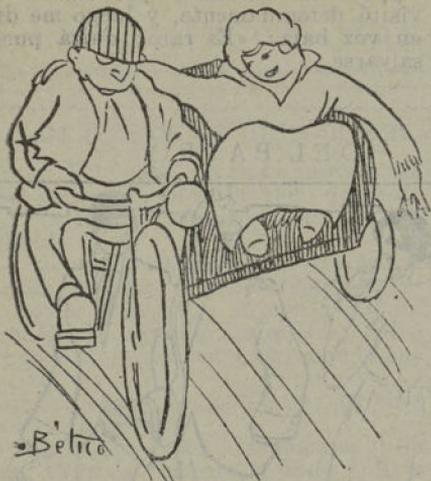
—Está mejor.

—Mejor... ¡Estás perdida irremisiblemente!

—¡Dios mío!

—¿Te atreves á pronunciar su santo nombre?

LO QUE ELLAS QUIEREN



—Oye, R m6n: como no a ríetes y no corras mucho hoy, a mí no me vuelves a montar...

—¿Soy una gran pecadora?
—Eres indigna de llevar esos hábitos.

Sor Filomena comenzó a llorar. El confesor, entonces, le dijo dulcemente: —No esperes, por lo menos, que te dé la absolución. Aguardemos algún tiempo. ¡Quién sabe! Veremos qué cariz toma la enfermedad de ese joven, y según lo que ocurra, así obraremos. Vete, vete. Basta por hoy. Y cuando te aproximes al lecho, procura sonrojarte. ¿Has entendido?

—Siempre me avergüenzo, padre.
—Bueno, bueno...

‡

Algunos días después, sor Filomena volvía al confesonario.

—¿Cómo está el número siete?
—Me parece que está mucho mejor.
—¿Y qué dice el médico?
—El médico cree que sanará.
—¿Que sanará! ¡No hay, pues, salvación para ti!

—Eso le he dicho yo.
—¿Qué es lo que le has dicho?
—Le he dicho que mi salvación estaba comprometida por su causa, y que si hubiese sabido que se curaría no le hubiese dado el beso.

—¿Y qué te ha contestado ese pillo, fuerte como un roble?

—Me ha dicho que no quiere que me condene, y que hará cuanto pueda por salvar mi alma.

—Te hubiera salvado muriéndose. ¿A qué vienen esas tonterías?

—Precisamente, padre, me ha jurado que el día que esté completamente curado, se matará por salvarme.

El confesor quedó abrumado por esta nueva complicación. Luego de reflexionar, dijo:

—Bien pensado, vale más que te absuelva. Porque si ese joven se encuentra otra vez en la agonía, temo que volvamos a empezar nuevamente.

ROBERTO BRACCO.



CANTARES BATURROS

La vida de los casaus
te la diré en un cantar:
De día... ¡venga gruñir!
de noche... ¡venga roncar!

—

Te veo siempre en la feria
montada en los «caballicos».
Y es que a todas las mujeres
os gustan los «Tíos Vivos».

LUIS SANZ FERRER.

VESTIDAS DE CORTO



—Hija, vas cortísima.
—Mamá dice que cuasi to más corta, mejor.
—¿Qué tonta es tu mamá!

LA AMARGURA DE LOS EXITOS

UN ruido sordo y continuo, producido al rozar las cuerdas sobre unas garruchas, daba á entender que la espesa cortina de terciopelo verde acababa de ser corrida, dejando aislada la sala del tablado del escenario.

Un unánime y prolongado batir de palmas premiaron el trabajo de la artista que, momentos antes, entre blanquecina nube de humo, despedido de los pebeteros de Smirna, y el embriagador perfume del álco depositado en ellos, danzaba con los pies desnudos, ensortijados, cubiertos por una gasa negra y los deslumbrantes «tapadillos», que producían un ruido cristalino al chocar en la danza; una danza exótica, llena de misterio y sentimentalismo, en que la poesía del paisaje y el enervante pebete de flores raras dejaban en la danzarina huellas de voluptuosidad y abandono.

Descorriéronse las cortinas, y el amplio escenario llenóse de cestos con flores, «bouquets» y mil objetos artísticos, de los que eran portadores criados de lujosa librea, ofrendas del sin fin de admiradores con que contaba la exquisita bailarina, que permanecía pálida, temblándole las carnes y dando muestras de agradecimiento en medio de aquella barahúnda.

Una vez, dos, tres... diez veces más, salió Frina á recibir emocionada 103 aplausos del público.

¡Al fin!

Bajó los cuatro escalones del escenario, y dirigióse hacia su camerino. Penetró en el angosto pasillo, á cuyos lados se abrían departamentos, de donde se escapaba la luz por entre las rendijas de las mal juntadas puertas. Departamentos, camerinos de otras artistas que, como ella, penaban el éxito con las falsas y pretenciosas palabras de los galancetes, asiduos concurrentes á la sala; con las frivolidades de los hombres de teatro y con las excentricidades del personaje acaudalado, gordo, que pretende gustar del amor á fuerza de la generosidad de su bolsa ó del tentador talonario de cheques.

Cementerio del Arte, en cuyos nichos, simétricamente colocados en estrechas galerías, se esfuman y pierden

las ilusiones del amor ideal y la felicidad añorada en otra época.

Frina continuaba su interminable caminata por el enorme corredor, envuelta en el ancho abrigo carmesí con aplicaciones de piel de nutria y calzada con sus zapatitos violeta, ornados

ALPINISMO



—Pequeña: la ascensión que vamos á emprender es muy peligrosa.

—Sobre todo para usted, que está ya para pocas «Ascensiones»...

de fastuosa pedrería, que su doncella habíala colocado al salir de escena.

Penetró en su cuarto, situado en la pared frontera del lóbrego corredor. Fueron depositados los presentes, en profusión, sin orden ni concierto, encima del tocador, del canapé..., donde se pudo.

Despojóla su doncella de aquel traje; refrescóse el rostro, los brazos, y se perfumó, después de haber arreglado y peinado sus áureos cabellos, un tanto desordenados.

Una bata azul celeste con lazos y colgantes negros hacía resaltar su belleza esplendorosa entre el dédalo de flores y cestillos de mimbre, pintados de púrpura.

Dieron dos golpes suaves en la puerta, y, momentos después, penetraba en la estancia una nube de admiradores, la obligada en los beneficios, deseosos de felicitar á la excelsa danzarina.

Frina, afable, sonriente, con su gesto simpático, acogiólos con agrado.

Uno de ellos, pulcro, con el pelo engomado y un «monocle» que no podía retener en la órbita, fué el primero que rompió el silencio.

—¡Oh, es usted divina, encantadora!

Baila cual las náyades sobre las dormidas aguas del mar Jónico, y...

—¡Hombre, por Dios!, no te pongas cursi—interrumpióle otro—, porque acabarás por dormirnos.

—¡Ojalá!..., y que pudiéramos ser transportados á las regiones etéreas, donde Frina bailara ante nosotros, desnuda, completamente desnuda, perfumando el ambiente con el hábito desprendido de su regia carne.

—¡Qué bárbaro! ¿Te quieres callar?

Frina reía, reía, pareciendo asentir de la atrevida prosa del poeta en ciernes; pero en su interior detestaba, maldecía á la caterva de personajillos con frac que habían invadido su camerino, con el derecho, ¡el derecho!, de ser ella artista y estar «obligada» á complacer los caprichos de su público.

Otro, crítico de una revista, púsose á fiscalizar y manosear los regalos, sin otro permiso que el de su propia voluntad.

—Crea usted, Frima; muy feliz será el hombre que logre comprender su carácter. Es usted indiferente, reserva-

CUENTO VIEJO



—Señor: no hay que se virle de comer: se ha acabado todo.

—¿Ha pasado por aquí algún regimiento?

—¡Quía, no, señor: unas artistas de varietés!

da. Quizá sea la única artista con quien no he celebrado «interview» para mi revista. ¿Quiere usted que la entrevi-
ve?

—¡Oh, no, no! ¡Gracias, muchas gracias! Lo agradezco, pero me horripilan las «interviews».

—Siempre despreciativa, Frina.

—No, yo no. No digo más que lo que siento.

Se iba prolongando demasiado la reunión. Ella estaba fatigada; necesitaba del descanso. ¡De buena gana los hubiera despedido!; pero... marcháronse.

Quedó sola, y después de haber hecho desocupar el canapé, tendióse en él, dispuesta a esperar el final del espectáculo, en que «su carifio», el hombre amado por ella y no correspondida con exceso, fuese á buscarla, para disfrutar de la holgura de las primeras horas de la madrugada en andanzas amorosas.

Lejos, se oía el repiqueteo de los paillos, y el taconeo de la bailarina de turno, al patelear unas infernales seguidillas y garrotines sobre el tablado.

Amargábala el éxito logrado por su alma de artista; agasajada y admirada por lo que era, no por su persona. De no haber pertenecido al Teatro, de haber sido una cualquiera, una de tantas mujeres que pueblan la Tierra, nadie dirigiríale las lisonjas con que, entonces, la regalaban y vertían sobre sus oídos.

A ella se la quería, no con el amor sincero de la gente sencilla: se la deseaba con ese amor egoísta, ese amor pasado en lujuriosa bacanal y después olvidado con el tiempo. ¡No!, ese amor no le quería; ¿para qué? Ni tampoco los éxitos, esos éxitos que, cuando los años inundan á las personas, más bien que remembranzas halagadoras son recuerdos punzantes y dolorosos que repercuten y se adentran en el alma cual puñal acerado.

Necesitaba amar; pero amar fuerte, bien; con el amor puro de la juventud, sin falsedades ni picardías; ¡ah!, pero ser correspondida de idéntica forma, con frenesí, con ese loco frenesí que, en el delirio de la fiebre, inducenos á realizar las mayores atrocidades.

La estancia tomaba tintes sombríos, y la atmósfera, enrarecida por los perfumes desprendidos de los «bouquets», hacían pesado el ambiente.

Reclinóse.

Su pecho bullía en un continuo vaivén, y de sus enrojecidos y bellísimos ojos desprendiéronse dos lágrimas que, como perlas, rodaron por sus mejillas de azucena hasta desaparecer en la boca, sensual y pequeña, que ambicionaba quererles.

ANTONIO CINTOS SANTIAGO.

De interés para las solteras

Muchachas que estáis solteras y anheláis el casamiento: no os molestéis en pedirle á San Antonio el remedio de vuestro mal, porque el santo se encuentra en un grave aprieto y no puede servir todos los pedidos que le han hecho, porque no hay hombres bastantes para calmar los deseos de tanta y tanta pollita como espera en estos tiempos á que le salga un esposo que la dé su amor sincero y grande (aunque sea chico, no importa, también es bueno), Hoy día, según y como las cosas se están poniendo, la que sea algo exigente que busque de los conventos el que más le satisfaga para tomar pronto el velo, y deje de ofrecer velas al santo casamentero, pues, como ya he dicho antes, él no puede arreglar esto. Por si alguna lo dudara, voy á transcribir el texto de una carta que á mí llega por el celestial correo, para que la dé á la estampa y llegue á conocimiento de todas las niñas esas que le acosan con sus ruegos. Hela aquí: «Muy distinguido pecador: Por el respeto que mi santidad te pueda merecer, el cumplimiento de un mandato importantísimo hoy á ordenarte me atrevo, ofreciendo, si lo haces, complacerte en todo aquello que me pidas, siempre y cuando no sea darte dinero. Ya, ni Dios da una peseta aquí, por divino acuerdo. Lo que te suplico que hagas sin pérdida de momento es que en cualquier semanario de los que aquí no leemos, por desgracia, pues entonces se acabó el descanso eterno, publiques la carta adjunta que te envío desde el Cielo. Muchachitas casaderas: las guerras que se encendieron todo lo imposibilitan,

inclusive el poder nuestro. La matanza de varones tan grande que se está haciendo me obligó á pedir licencia temporal al Ser Supremo

AMOR DE UN DÍA



- Chica, cómo se parece tu marido á un hombre que yo he amado mucho!
—¿Hará bastante tiempo?
—No: le conocí la noche pasada.

para pasar unos meses (lo que el conflicto europeo pueda durar) en la finca que en la Glorieta poseo. ¿Qué he de hacer si no dispongo ni de dos hombres solteros, y los que hay, como resulta, según el reparto nuevo, que tocan á las que quieren, no se hace carrera de ellos y se están poniendo tontos, cosa que, en verdad, lamento, pues, de seguir á este paso, la antorcha del Himeneo tendrá que verse apagada,

y si algún alumbramiento se registra, será raro y á espaldas de los preceptos. Así, pues, guarden la hucha, y no sigan invirtiendo sus ahorros en velitas, pues hartas son las que tengo.

Yo lo agradezco muchísimo; pero, la verdad, no puedo corresponder cual debía á tantos ofrecimientos. Y voy á poner el punto final con este consejo:

Muchachas: si compráis velas, no me las llevéis al templo: guardadlas para vosotras, que allá, en los hogares vuestros, os serán mucho más útiles y sacaréis más provecho. Corte celestial, á quince de Octubre, mil novecientos quince. Por la transcripción y copia del documento, que escribió y firmó en persona San Antonio, el del pequeño.»

ADOLFO SANCHEZ CARRERE.

SOLILOQUIOS



—¡Qué c. pichosos son los hombres! Seis me han jurado que eran capaces de dar la vida por mi pipa..

CARTAS PARA TODOS

A una amiga de confianza.

UNA nueva desgracia pone la pluma en mi mano, para que tú, mi amiga de corazón, veas que el matrimonio es la cruz más pesada que soportan las mujeres honradas.

Ya conoces al primo de mi marido, el mayor de los tres, aquel rubio tan chistoso que el día de mi boda nos gastó tantas bromas de mal gusto, exagerando la gordura de mi esposo y recordándole á él su última enfermedad; pues ha venido al pueblo, porque para los inviernos en Madrid, preparándose para sobrestante de carreteras, y con su llegada me ha desordenado el alma de tal modo, que ya no creo ni en el amor del marido más santo, ni en las promesas del amante más fiel.

Duro es tenerte que decir las cosas tal y como son; pero, al fin, tú eres reservada, y si te casas con Marciano, sabrás lo que mi marido no me ha enseñado á mí antes de pasar por la Vicaría.

Para que veas lo que son los hombres, sin reparar en los sagrados lazos de la familia me ha hecho el amor á pellizco limpio, escribiéndome versos y metiéndose en mi alcoba sin avisar; pero como yo me he negado á lo más mínimo, porque adoro á Mamés á pesar de su gordura, me ha enterado de que mi señor esposo está liado indecorosamente desde hace tres años con la mujer de un sereno.

Sí, amiga mía, con una chata forastera, con unas trazas de tía y un olor á macho cabrío que tira de espaldas.

¡Macho que veas los gustos de los hombres!

Tal fué la impresión que recibí en lo más íntimo del corazón, que las cadenas del matrimonio me parecían alas, y me faltó poco para volar lejos de este marido tan infame y tan obeso; pero luego medité con frialdad, y el amor á la religión me retuvo en mi casa, y lloré mi desventura en silencio, sin darme por ofendida y haciéndole arroz con leche los sábados, porque es el postre que más le gusta.

El primo siguió mandándome flores, haciéndome versos y metiéndose en mi cuarto sin avisar; pero en vista de

mi noble resistencia y mi abnegación matrimonial, me prometió matarse, porque mi amor era su vida.

Y tales cosas me dijo en verso, poniéndome una justa venganza (porque mi esposo, según él, era un infame y un feo), que estuve á pique de caer, más por amor propio que por distracción, porque el dichoso primo tiene una nariz insoportable...

Pero el recuerdo de mi querida hermana, muerta «in fraganti» por su primer marido, me alejó del mal...

Y aquí me tienes, sufriendo mi dolor y asombrada de lo que son los hombres; pues para que veas á qué punto llegaba el amor del dichoso primo, ¿á que no sabes lo que ha hecho?

Pues se ha liado con la mujer del sereno, y está mi marido con él que, como lo coja en un renuncio, le pega un tiro.

Y luego hablan los poetas de la paz de la aldea. Aquí no vive en paz mas que la mujer del sereno.

LUIS ESTESO.

NO ES PARA TANTO



—No te pongas así, Antonio, que cualquiera que te vea va á creer que tienes algo.

INTENSIDAD

A fuerza de dar amor,
á fuerza de besos sabios,
llegué á perder el color
de los labios.

Y pensé con furia en Hebe;
la busqué con ansia loca;
la encontré, y me dijo: —Bebe
de mi copa.

Después, mi instinto perverso
logró, cuando la encontré,
hacerla mía, con un verso
que canté.

Voy desde entonces en pos
de ella... y si amor nos sofoca,
digo: —Bebamos los dos
de tu copa.

JOSÉ DE RUEDA REBOLLO.

FOTO

grafías artísticas del natural. Catálogo detallado, 30 céntimos, sellos españoles. B. Leonard, sucesor.

Rua Barao Sao Cosme,
OPORTO (PORTUGAL)

(Franquear sobre con sello de 10 cts.)

HOMBRES

Faltos de energías, nerviosos, impotentes, gastados por abusos de Venus, solitarios, alcohólicos, pesares, estudios, & viejos sin años, recobrarán las fuerzas de la juventud con el **VIGOR SEXUAL KOCH** de uso externo. Los medicamentos al interior, si son débiles, estropean el estómago y no producen efecto, y si son fuertes matan la salud. El **VIGOR SEXUAL KOCH** se vende en las boticas bien surtidas del mundo. Conviene que para determinar el grado de **DEBILIDAD** se pida á la **CLINICA MATEOS, Arenal, 1, 1.º, MADRID (España)** el **GRAFICO SEXUAL**, y lo recibirán gratis por correo, reservadamente.

Establecimiento tipográfico de «El Liberal».

Viuda de José Lerin

encargada de la venta de LA HOJA DE PARRA en Madrid (**Abada, 22, tienda**).

LAS GRANDES OBRAS ERÓTICAS

COLECCION UNICA, A UNA PESETA EL TOMO

Las mejores y más atrevidas historias galantes de la antigüedad, recopiladas de los documentos originales, por Diego Quijano.

Las grandes orgias del sensualismo, estudio histórico, por Jean Pourget.

Cómo caen las mujeres, episodios de la vida real recopilados por J. Lozano Cibeira.

Cada tomo con artística cubierta á todo color. Pídase en todas las librerías y kioscos, y á la editorial Dep, Córcega, 299, Barcelona, que las remite franco de porte, contra envío de su valor en sellos ó giro postal.

Misterios y secretos del lecho conyugal

(Sólo para hombres y casados.)—Dos tomos con grabados.

Tortilla al ron Un tomo de 255 páginas.

Se envían á provincias, certificados, los tres tomos por cinco pesetas en giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al Extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar.—Los pedidos, con su importe, diríjense únicamente á Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid (Casa fundada en 1896).—*Biblioteca privada*.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 pesetas.—Exportación de revistas, periódicos y libros á España y Extranjero.

CUATRO LIBROS INTERESANTES

Fruta prohibida. • Los quince goces del matrimonio.

Misterios y secretos del lecho conyugal (dos tomos con grabados).

Se envían á provincias, certificados, los cuatro tomos por cinco pesetas en giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al Extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar. Los pedidos con su importe, diríjense únicamente á Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid (casa fundada en 1896).—*Biblioteca privada*.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 pts.—Exportación, por mayor, de revistas ilustradas y periódicos á los señores libreros y corresponsales de España y América.

LA INGLESA

PRIMERA CASA EN GOMAS

HIGIÉNICAS

MONTERA, 35 (pasaje)
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

(Catálogo gratis enviando sello.)

ESTABLECIMIENTO

TIPOGRÁFICO DE "EL LIBERAL,"

Impresiones de todas clases. — Cartelería. — Comedias. — Revistas ilustradas. — Cartas. — Folletos. — "Memorias, etc., etc."

Marqués de Cubas, 7.-Madrid